

Cuando el testimonio cuenta una guerra: la complejidad de las cosas

Rossana Nofal*

Universidad Nacional de Tucumán—

CONICET

Resumen

El presente ensayo postula la necesidad de pensar una máquina de lectura que no suponga silenciar la idea de guerra en el género testimonial. Se escribe desde la incomodidad de la palabra *guerra* distribuida en toda la superficie de un corpus de relatos sobre Tucumán compuesto por entrevistas y testimonios editados. No propone una clave para descifrar las razones de la represión; se refiere a la voluntad de identificar una matriz presente en los —cuentos— sobre la guerra en Tucumán en los que cada elemento resuena, diseminado, en registros múltiples y sus opuestos. Leer el testimonio en términos de una máquina de guerra es fundar la lectura del género en el ejercicio de la diferencia, es aceptar el desafío de leer una zona silenciada por su complejidad, las modulaciones más oscuras del espesor de la producción testimonial. En términos de justicia o de ética, los enunciados son binarios: inocentes o culpables. Sin desconocer esta postulación y sin aceptar las comodidades de un relativismo el trabajo propone tomar los riesgos de una lectura inmanentista de los testimonios y los libros del género, identificando el contenido de las figuras más allá de las formas del contenido.

9091

Palabras clave:

· narración de cuentos · militancia · guerra · militarismo

* Dirige el Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán; es Profesora Adjunta de Literatura Latinoamericana e Investigadora Adjunta del CONICET. Integra el Núcleo de Estudios sobre Memoria del IDES. Desarrolla con su equipo de investigación proyectos referidos a las narrativas de la violencia política y las militancias en el Cono Sur. Es Vicedecana de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT. Coordina el Grupo Creativo Mandrágora.

Abstract

The present essay states the need of considering a reading machine that does not withdraw nor silence the notion of war within the testimonial gender. It is written from the lack of comfort brought about by the word war disseminated throughout the whole surface of a corpus of narratives about Tucumán. A corpus composed both by interviews and edited testimonies. This paper does not propose a key to come across the reasons for repression but proposes the will to identify a matrix present in the “stories” about the war in Tucumán in which each element echoes disseminated in multiple and opposed records. The reading of testimonies, in terms of a machine of war, is to set the foundation of the reading on the exercise of difference, accepting the challenge of reading in a zone that is silenced due to its complexity. In terms of justice or ethics, statements are binary: innocent or guilty. Acknowledging this postulation and without accepting the comfort of relativism, the work proposes to assume the risk of an immanentist reading of testimonies and books of this gender, identifying the content of the figures regardless of the form of the content.

Key Words:

· story telling · militancy · war · militarism

“Lo que más me gusta es *volar*”, dice el sapo, uno de los personajes preferidos de Gustavo Roldán y por eso tiene una palabra muy próxima a la de su autor. Don Sapo es siempre “emisor de enunciados” extraños y es también el sujeto responsable de su interpretación moral. Su trabajo es el de contar las ideas “foráneas” a sus compañeros del monte chaqueño cada vez que viaja a Buenos Aires. Del tema de los militares, como de los dragones ingleses, siempre prefiere conversar a solas.

Desde su punto inicial, la escritura testimonial disputa un territorio en la categoría artística, en el espacio mismo de la literatura. En este sentido el testimonio actúa por delegación, se ocupa de las cosas que se hablan en los costados de las grandes historias, de las grandes metáforas. De las cosas que están al otro lado del río, del puente, de las columnas, de las paredes, de las ventanas clausuradas, de las tapias fuera de lugar. Todo se sucede en la misma mesa de trabajo, como en el libro de Laura Alcoba, entre las armas y el dulce de leche.¹ Juego de equívocos y de peligros, la dialéctica de la concordancia y de la discordancia permiten un giro desde la centralidad de la trama a la identidad del personaje. En términos de Paul Ricoeur (224), este desplazamiento que se sucede en la poética permite imaginar un sentido y una identidad referida principalmente en el acto de lectura.

El género testimonial es un terreno con estructuras propias que se identifican con categorías diferentes a las de la ficción a la vez que reivindican un terreno del arte directamente relacionado con la política. No se trata de una asociación caprichosa, sino que responde al desarrollo general de las estructuras del sentir² de intelectuales de los '70 que consideraban imposible hacer de la literatura un arte desvinculado de la política. El testimonio se apropia de zonas de la condición literaria, de sus tramas retóricas, de las condiciones de la ficción.

En términos de opciones críticas sigo los postulados de Elizabeth Jelin. Tomo el concepto de los trabajos de la memoria en cuanto la construcción de narrativas sobre los procesos sociales ancladas en la historicidad y con un eje claro en el conflicto y la disputa; los modos del ocultamiento son constitutivos de estas memorias sobre el pasado. Se suma a esta caja de herramientas el concepto de “identidad narrativa” de Paul Ricoeur (213) entendida como aquella identidad “que el sujeto humano alcanza mediante la función narrativa”.

92 93

Escritura de la urgencia y escritura revolucionaria son dos de las marcas identitarias más importantes en la constitución del género testimonial. La escasa documentación oficial y los huecos en la memoria colectiva le permiten al escritor jugar con la evidencia imaginativa y crear los cuentos del género. Debo el concepto de “cuentos” a los postulados críticos de Josefina Ludmer (1977) (1999). La autora los define en términos de relatos de carácter fragmentario, que se reiteran como partes de historias mayores. Involucran saberes y anécdotas que se transmiten oralmente. Es un concepto fuertemente marcado por la musicalidad de la palabra hablada y por los rituales de los intercambios colectivos de experiencias. En este sentido Rawson, Trelew, Ezeiza, Monte Chingolo, junto a la Cárcel de El Buen Pastor, Santa Lucía, Acherai, Famaillá, son espacios de una geografía que aparece siempre en los relatos de los militantes. Adquieren esta forma de *cuentos* en cuanto que cada protagonista inscribe su propia subjetividad en el relato. Se trata de nombres marcados, que remiten a espacios y experiencias de una revolución. Estos cuentos se encuentran tanto en las colecciones escritas de testimonios, como en las entrevistas a los sobrevivientes. (Trabajo de campo Tucumán, julio de 2008). Son fundamentalmente nombres propios y se inscriben en un principio de permanencia. Tienen que ver con una idea de lo idéntico y lo inmutable. La historia de una vida se convierte en una historia contada; los cuentos permiten encadenar la identidad de lo semejante en las variaciones de cada experiencia personal. Los relatos de los nombres de los lugares de las batallas son espacios de permanencia y configuran el carácter duradero de los personajes.³

Pensar la guerra como un cuento invierte las narrativas de una tradición configurada por la firmeza del héroe de los relatos “ingenuos”. El héroe se convierte en un personaje discordante, identificable con una figura permanente y a la vez cambiante. Es también un cuerpo que interviene en el curso de las cosas con sus propias marcas y altera el protocolo heroico del género, que en el sentido más literal del término construye una matriz⁴ ordenada de escrituras que autoriza y custodia con ciertas formalidades. El héroe derrotado en términos de la configuración tradicional altera la serie lineal del relato y permite combinaciones más complejas. Los papeles

fijos se transforman y se quiebran las reglas de la completud, de la unidad y de la totalidad de la trama. La centralidad del personaje permite pensar los cuentos de guerra en términos de asimetrías más allá de las formas. “La proximidad que existe entre las nociones de configuración y de figura posibilita llevar a cabo un análisis del personaje considerado como figura del sí mismo” (Ricoeur:220).

Escribo desde la incomodidad de la palabra *guerra* distribuida en toda la superficie de los textos. No estoy proponiendo una clave para descifrar las razones de la represión; me refiero a la voluntad de identificar una matriz presente en los relatos en donde cada elemento resuena, diseminado, en registros múltiples y sus opuestos. Leer el testimonio en términos de una máquina de guerra es fundar la lectura del género en el ejercicio de la diferencia, es aceptar el desafío de leer una zona silenciada por su complejidad, las modulaciones más oscuras de la producción testimonial. No puedo hablar de las paradojas de la ficción o de enunciados que pueden leerse, al mismo tiempo, como verdaderos y falsos. En términos de justicia o de ética, los enunciados son binarios: inocentes o culpables. Sin desconocer esta postulación y sin aceptar las comodidades de un relativismo propongo tomar los riesgos de una lectura inmanentista de los testimonios y los libros del género, identificando el contenido de las figuras más allá de las formas del contenido.

La “dictadura” aparece en los testimonios como una historia susceptible de ser contada de manera distinta mil veces; los escritores del género postulan, al menos en el imaginario, la necesidad de convertir en victoria las derrotas de la lucha armada. La posibilidad de leer los testimonios en términos de guerra se presenta como un modo, entre muchos otros de operar la lectura. En gran parte de los relatos testimoniales, el lugar del autor es el lugar del familiar. Los libros se escriben “del lado de aquí” y los lazos de sangre legitiman la posición del reclamo de justicia. La necesidad de explorar una verdad compromete a un nosotros conocido. Protagonistas, compañeros, compañeras, hermanos, hermanas, madres y padres ocupan los lugares del testigo de los hechos a la vez que ejecutan el mandato de hablar por los muertos, su palabra está legitimada por la pertenencia a un nosotros inclusivo. No puede desvincularse de los protocolos iniciales y su expresividad está potenciada por la cercanía a las víctimas.⁵

Postulo, entonces, la necesidad de pensar una máquina de lectura que no suponga silenciar la idea de guerra en el género testimonial. Una variable cronológica de organización del corpus me llevó a pensar en términos de desaparecidos, militantes y soldados con nombre y fechas para cada uno de los sujetos. Las modulaciones de la militancia siempre estuvieron presentes en el género; pienso *Recuerdo de la muerte* (1983)⁶ de Miguel Bonasso o en *Perón o muerte* (1986) de Silvia Sigal y Eliseo Verón. Sin embargo no aplicamos los mismos mecanismos de lectura; probablemente leímos uno de los libros más que el otro y quizás ensombrecimos en ambos los rincones más perturbadores. La posibilidad de leer la idea de guerra como un cuento que permanece inmutable en los relatos, permite pensar en encadenamientos de las historias sin sucesiones; los cuentos pueden modificar las cronologías hasta el punto de suprimirlas.

La voluntad de pensar en términos de guerra se inscribe en libros como los de Claudia Hilb y Daniel Lutzky *La nueva izquierda argentina: 1960–1980 (Política y Violencia)* de 1984, *Montoneros, la soberbia armada* de Pablo Giussani de 1984 o

Los hechos armados. Un ejercicio posible, de Juan Carlos Marín, también de 1984. Se vuelve necesario, entonces, un modelo móvil, con la suficiente plasticidad para moverse en el espesor del sistema; un aparato de lectura para explicar el espesor, para volver audibles en un mismo relato los conflictos, las tensiones y los ocultamientos de los “trabajos de la memoria”.⁷

El lector extraño es el que abre otra puerta de entrada, más plural, en el espesor de la literatura testimonial. Es precisamente él quien puede imaginar una síntesis de lo heterogéneo y dar cuenta de las distintas mediaciones del relato. Corta el circuito de lo familiar en tanto sujeto ajeno al régimen de la representación testimonial. Su lugar es políticamente menos tranquilizador y puede sostener posiciones contrarias a los presupuestos del lugar de autor.

En el campo de producción de la escritura testimonial, las palabras extranjeras que nombran la guerra son las de Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Los montoneros* (1982) y Martin Edwin Andersen, *Dossier secreto. El mito de la “guerra sucia” en la Argentina* (1983). Ambos textos abren polémicas en el campo de un género paudado por el familismo. Gillespie es refutado directamente por José Amorín quien desde su propia experiencia polemiza con los que dieron una versión equivocada de los hechos, los que no estuvieron dentro. Gillespie,⁸ desde otro campo no logra comprender los postulados “naturalmente” inexplicables para quien no haya vivido el peronismo desde adentro (52); Andersen impugna una clase de guerra inventada por los militares y denuncia “un pequeño y sucio secreto: “la guerra sucia” no era en absoluto una “guerra” al menos en el sentido en que la mayoría entiende esa palabra” (27). Situado en otro lugar y desde su posición de “periodista” se permite abrir el fuego sobre héroes del campo testimonial argentino: los Miguel Bonasso y los Horacio Verbitsky que siguen “vendiendo historias guerrilleras y de las proezas de algunos compañeros perdidos —por ejemplo, Rodolfo Walsh— con agregados de ‘autocríticas’ que siempre parecen dejar a ellos mismos bien parados” (20).

El momento de la enunciación testimonial es el presente, el *ahora*, la marca desde la que se identifican lecturas y representaciones de las derrotas políticas. El cruce de memorias y subjetividades en el orden de los relatos altera las figuras binarias de las representaciones iniciales. Hablo de relatos en términos de un discurso narrativo del fracaso, relatos que llaman a la crítica y a desmontar presupuestos en los que la historia no ingresa a través de héroes sino a través de episodios conocidos, dichos por personajes que asumen el camino de una pérdida y pueden desmontar las certezas y construir un relato con las configuraciones de trabajo y duelo.⁹

Los términos de la guerra continúan siendo negados mientras se van escribiendo en los términos de la poética de una literatura particular. Es una palabra de los actores; en términos de realismo o en clave jurídica es todo lo opuesto. Sin embargo, en un intento de manejarse con la idea de “parte” es posible pensar las certezas iniciales en términos de revisiones. Si el testimonio es literatura puede, entonces, desechar la idea de contar los hechos como “verdaderamente” sucedieron y negar el discurso narrativo en términos de un todo cerrado y centrado. El testimonio como género de ficción está hecho de equívocos, de respuestas parciales, de una serie indefinida de versiones y réplicas. Hay una clara disputa por los sentidos fragmentarios del pasado, contra las suturas homogeneizadoras. Héroes o traidores, sus personajes del “lado oscuro de la luna” no son desaparecidos o víctimas absolutas, son fundamentalmente “soldados”. La adopción del concepto de guerra supone abrir una polémica clausurada, al menos en el campo discursivo de los derechos humanos en la provincia de Tucumán.¹⁰

Frente al dialogismo de los cambios y a las asimetrías de las entrevistas, las escrituras sobre la militancia política de los años '70 en Tucumán presentan un modo monológico de pensar el pasado. Martin Andersen, Eduardo Anguita y Lucía Mercado coinciden en identificar un discurso sobre la guerra en la provincia, aunque con modulaciones muy distintas. Andersen apela a la evidencia documental; Mercado le apuesta a la literariedad de la transcripción de largas entrevistas realizadas en el pueblo de Santa Lucía y Anguita construye una novela romántica con la centralidad de una historia de amor.

El cuento sobre la extrañeza más absoluta es quizás, el que se cuenta desde Tucumán. Lucía Mercado reitera una y otra vez la palabra escuchada en sus entrevistas: los problemas venían de otro lado; los traían, por igual los extremistas y los militares; todos eran “rubios”.¹¹

Empezamos a ver gente rara en nuestras colonias, en el pueblo. Santa Lucía es pueblo chico, al de afuera se lo conoce en el momento. Eran gente de otro lado, muchachos muy lindos, chicas bien vestidas. Rubitos, con barba, porteños que andaban pelando cañas con los peones de nosotros. Y se iban a los surcos, al “cerco”, a los cañaverales y se juntaban con la gente pobrecita, les llevaban comida, les hablaban de darles cosas, mercadería y zapatillas. ¡Qué le van a hablar de revolución a esa gente! ¡Eran analfabetos y muy pobres! Nunca habían salido de aquí. Y empiezan a hacer paro por cualquier cosa. (...) Pasaba que si era para boconear yo me ponía adelante y de frente, pero en eso de andar a las escondidas y con armas, no. Yo no les servía para el asunto de la guerrilla. (*Santa Lucía...* 77)

Y daban armas para hacer como batallones, estaban locos. Vos te imaginás que yo o tu hermana Mafalda íbamos a andar como soldados en el monte.

—Bueno, querían hacer “la lucha armada”.

—Pero eso no prendió, a nadie le gustaba eso de salir a matar, de poner bombas. No, ellos tenían otras ideas. Además eran exigidores de que vos le comprés los libritos que te daban o los folletos (...) Una vez yo estaba al frente de mi casa y venía un grupo grande, eran como treinta muchachos, todos rubios y con barbas, andaba Arturo, gritaban “¡VIVA el ERREPÉ!” Yo los miraba sin creerlo de verlos tan audaces ¡todos armados! (*Santa Lucía...* 187)

Los guerrilleros son buenos y bellos. Los relatos replican la idea de una literatura de virtudes propuesta por Hebert Gatto; una literatura de clausura que supone la negación de elementos ambiguos o la construcción de un doble crítico que destrone a su contraparte. Hablamos de “una narrativa sustentada en la preponderancia de los méritos individuales de los guerrilleros —sus virtudes éticas y a veces estéticas— inhibe los análisis sobre el movimiento como organización supraindividual dotada de características propias” (Gatto:379).¹² Los guerrilleros son otros, extraños y lejanos. Son más altos, vienen de afuera, “no son de acá”. Indudablemente los valores de lo “familiar” se impone y la amenaza es sofocada; se vuelve necesario controlar su novedad y la sugestividad de sus acciones.

Y las cosas sucedieron, sólo sucedieron porque aquí en Santa Lucía seguíamos viviendo como si tal cosa. Se notaba el cambio de antes y después del ingenio, todo el mundo más retraído, hasta más egoístas. Yo vivía en esa época al lado del hospital, al costado tenía un galpón para vender carbón, garrafas, leña. En el 73, 74 Arturo venía de noche con sus amigos y hacían

reuniones en ese galpón. Ya sabíamos que eran del ERP. De día andaban abiertamente por Santa Lucía con ponchos y armas, gritaban: “¡VIVA el ERP”!, “¡VIVA el ERP”! (*Santa Lucía...* 149)

Si bien han cambiado las preguntas y los personajes que construyen los testimonios, el saber sigue fuertemente ligado a un poder que lo autoriza. La extrañeza de la palabra guerra permite alejarse de las identidades narrativas de los personajes unitarios y pensar en héroes disonantes. El héroe de los cuentos de guerra puede mezclar los dos términos de la identidad postulada por Ricoeur en la potencia de los conceptos de ipseidad y mismidad, el término de la identidad de lo semejante y la identidad de su otro.¹³

Un relato centrado en el personaje puede desvincular al género testimonial de los protocolos iniciales. Quizás el libro sobre la idea de guerra en Tucumán sea el libro por venir. Creo que la peligrosidad de la palabra interpela fuertemente los presupuestos de la forma del testimonio y funda un espacio en el que la “antinaturalidad” es la ley. Hay infinidad de huellas diseminadas en los lugares, en los pueblos, en los relatos. Es imperativo, entonces, recopilar ese inventario de palabras dadas. Las múltiples verdades están inscriptas en el ejercicio de “contar el cuento” porque, como dice Josefina Ludmer, ese contar funda el ejercicio de la diferencia y construye una escucha que puede pensar las modulaciones de la crítica a las armas “enloquecedoras” en términos de un presente memorioso.

96 97

Notas

¹ “Por el camino de vuelta, me detengo al borde de una u otra zanja de aguas servidas. Tengo un pequeño frasquito para encerrar renacuajos. Por fin vuelvo rápido a tomar la merienda. Hoy es el día en que se limpian las armas. Yo trato de encontrar un pequeño sitio limpio en la mesa atestada de hisopos y cepillos empapados en aceite. No quiero ensuciar mi rodaja de pan untada con dulce de leche” (*La casa de los conejos*. Buenos Aires: Edhasa, 2007, p. 84).

² Apelo al concepto de “estructura de sentimientos” en el sentido que le da a esta noción Raymond Williams: un concepto que trata de expresar los significados y valores tal como son vividos y sentidos activamente (1977, pp. 150–158). Ver también el Reportaje de Ricardo Piglia a Rodolfo Walsh, en marzo de 1970. En esta oportunidad Walsh delimita los protocolos del género testimonial “Hoy es imposible en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política (...) En un futuro, tal vez, inclusive se inviertan los términos: que lo que realmente se aprecie en cuanto a arte sea la elaboración del testimonio o del documento, que, como todo el mundo sabe, admite cualquier grado de perfección. Evidentemente en el montaje, la compaginación, la selección, en el trabajo de investigación, se abren inmensas posibilidades artísticas” (Roberto Baschetti —comp.—, *Rodolfo Walsh vivo*. Buenos Aires: de la Flor, 1994).

³ Debo esta lectura a los postulados de Paul Ricoeur (1999) en el capítulo “La identidad narrativa”. Agradezco a Susana Kaufman esta lectura iluminadora.

⁴ Tomo el concepto de Josefina Ludmer: “Las matrices productoras pueden ser, pues, diversas e indefinidas; están entrelazadas y forman nudos; quizás los únicos rasgos que las distinguen sean su impersonalidad (parecen emitidas por nadie) y su carácter anacrónico. Son, en síntesis, figuras abstractas, tejidas de relaciones simbólicas, que en cada caso se actualizan con tiempos, modos, pronombres sintagmas, situaciones narrativas determinadas. (...) Las matrices productoras del texto no coinciden con lo dado ni se captan de un modo inmediato: hay que reconstruirlas y asignarles funciones. Pero, el texto, no esconde nada: todo es legible, todo está allí, en el espacio aparentemente lineal de la escritura. La matriz no ocupa una zona ‘profunda’; ni siquiera se sitúa en una región ‘mental’ previa (idea, sentimiento, intención) que preexistiría como causa del texto; no es tampoco su origen, su centro, ni la clave-llave para descifrarlo” (1977:148).

⁵ Los primeros narradores testimoniales participan de la hipótesis del “familismo” con el que Jelin caracteriza al movimiento de derechos humanos en Argentina. Los escritores se debaten, de manera paradójica, entre la pertenencia al grupo de víctimas directas y la voluntad política de asumir sus causas. En tanto protagonistas de la historia y de su relato, están expuestos a múltiples sospechas y constantemente tienen que explicar los motivos de la escritura y sus móviles, sobre todo si el relato no se inicia con la fórmula “yo estuve ahí”. “El ‘familismo’ y el ‘maternalismo’ son criterios centrales de la atribución de legitimidad de la palabra pública en la Argentina post-dictatorial. Durante la dictadura (1976-1983), tanto los militares como el movimiento de derechos humanos utilizaron la matriz familiar para interpretar su lugar en la confrontación política” (“Víctimas, familiares y ciudadanos/as: las luchas por la legitimidad de la palabra”, 2007).

⁶ El relato hegemónico de este período es sin duda el libro de Miguel Bonasso, *Recuerdo de la muerte*. El enunciado de la épica se construye desde un héroe torturado que sobrevive al mal y lucha en su contra. Se trata del primer libro que nombra los centros clandestinos de la ESMA y Funes y construye los testimonios de los sobrevivientes, incluso antes de sus palabras directas. Sin duda Bonasso funda un género particular de la literatura argentina: la novela testimonial, fórmula en la que conviven la ficción y el testimonio con gestos dudosos y contradictorios. El libro ilumina además la figura del militante montonero y sus memorias ocupan la totalidad del campo escriturario. (Nofal, 2001, 2002). En esta primera modulación del género el desaparecido recupera su palabra y las acciones previas al momento de la desaparición.

⁷ Retomo aquí el concepto de “espesor” que Angel Rama (1982) imagina para explicar la superposición, en un mismo tiempo y lugar, de diferentes expresiones literarias con dos comportamientos extremos: la idea de una víctima absoluta de una sinrazón en clave de un discurso humanitario o la idea del militante que hace una opción por las armas. En la lógica de Rama, las diferentes modulaciones pueden guardar escasa vinculación y desplegarse paralelamente o ser capaces de enfrentamientos que se traducen en polémicas. Para que los productos que de una u otra lógica pueden

circular necesitan de un lector capaz de iluminar las contradicciones de un discurso que se presupone uniforme y fundado en una idea de totalidad. “Que dos producciones literarias puedan coexistir sin rozamientos, indica la amenidad en que se desarrollan y la enorme distancia en que se encuentran una respecto de la otra. Dado que la estructura sincrónica de un período literario se organiza mediante superposiciones donde existen formas privilegiadas que disfrutaron del apoyo de instituciones de mayor peso mientras otras no cuentan con tales patrocinios, la desconexión entre dos producciones coetáneas de literatura revela que se encuentra en los más alejados del sistema. La inferior es ignorada por la superior que no le concede estatuto artístico estimable y además es incapaz de proponerse como alternativa estética válida a las normas instauradas por la superior. A eso se agrega una dificultad: la contextura artística de la inferior, los principios sobre los cuales se organiza, no pueden ser asimilados a los de la producción de estrato alto”. (Rama:18).

98 99

⁸ Buenos Aires: Grijalbo.

⁹ Ver Jelin (2002) La gravitación de los conceptos de trabajo y duelo vinculados a las memorias es clave en la organización de la colección Memorias de la Represión.

¹⁰ Este documento tiene la marca irremediable de su tiempo y su lugar de enunciación. He reorganizado mis borradores con la memoria reciente del juicio a los represores Bussi y Menéndez, CAUSA: “VARGAS AIGNASE GUILLERMO S/ SECUESTRO Y DESAPARICIÓN”. Los alegatos de la defensa, especialmente los alegatos de los dos imputados estuvieron centrados en la idea de guerra. En Tucumán había una guerra y los militares actuaron en defensa de la “patria”. “Estábamos en guerra” “En la guerra no hay allanamientos ni órdenes previas, hay golpes de manos en guaridas y trincheras (...) a un individuo no se lo detenía, se lo capturaba” (Bussi, 07/08/08). Contrapuesto a este discurso, el Fiscal Terraf negó sistemáticamente la validez de este concepto. En cuanto a la acusación de haber parodiado una supuesta libertad es importante ver cómo se manejó, desde la defensa la posibilidad de una venganza a manos de “Montoneros”, ERP o PRT (indistintamente) a causa de la delación de la víctima. (Bussi se refirió a Guillermo Vargas Aignase en términos de “perejil” y “buchón” (Bussi, xx/08/08). En este punto también es importante detenerse en los relatos de los testigos que refieren el “cuento” de los rubios como una ficción de memoria. “Seis personas rubias de bigote con melena al viento”/ “seis personas jóvenes vestidas de civil tipo sport con cabellos despeinados por el viento, rubios, jóvenes, usaban bigotes” (Testimonio de Carlos Antonio Décima 13/08/08). Esta investigación se enuncia a partir de dos hechos políticos fundamentales que pautaron la constitución del campo de estudio sobre las memorias de la represión en la Argentina. El primero se sitúa en el campo intelectual y se genera a partir de una carta de Oscar del Barco en el año 2004 a propósito de una entrevista realizada a Héctor Jouvé para el documental “La guerrilla que no fue” del Centro de Capacitación Cinematográfica de la Ciudad de México. El debate que generó su intervención sobre la responsabilidad de matar fue publicado en distintos artículos de las

revistas *Conjetural*, *Confines*, *Lucha Armada*, *Acontecimiento* y *El Ojo Mocho* y en el sitio web *El interpretador*. El segundo se refiere al cambio sustancial que en el sistema jurídico argentino supuso la Derogación de las Leyes de Impunidad en el Congreso de la Nación en el 2003 que permitió la reapertura de las causas de derechos humanos y de terrorismo de estado en el marco del delito de genocidio y la posterior Declaración Judicial de Nulidad en el 2005 que declaró la inconstitucionalidad de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

Se suma a estos marcos nacionales un hecho local: el juicio a Bussi y Menéndez en la ciudad de Tucumán y la condena a prisión perpetua en “un *country*”. Esta inscripción legal bloquea constantemente el gesto de justicia a la vez que genera las distintas modulaciones de la rabia. Las extenuantes jornadas del juicio se convierten en un texto vacío que cuenta un relato mudo que no comunica nada claro ni traducible en términos de un discurso directo. Hay dos ejes conceptuales que me parecen centrales en términos de discursos de memoria: la indefinición de las listas y la justificación de la represión en términos de guerra. Discurso usado, manipulado y de alguna manera “quebrado” en la palabra hablada de los represores. La pregunta es entonces, nuevamente, por la gravitación de la idea de guerra en el género testimonial.

¹¹ Es interesante pensar en la ficción de memoria de la película *Los rubios* de Albertina Carri, uno de los cuentos más importantes del género testimonial.

“La chica que vino por primera vez con Arturo, que la presentaba como novia o señora, esa chica rubia era una combatiente, ellos vinieron aquí a la lucha armada en estos montes tucumanos” (Elvira Roldán en *La Base*, 148).

¹² “Matías desplegó un mapa grande del Norte argentino, de ésos con verdes en las selvas tropicales y marrones en las montañas. Parecía fascinado, como un escolar que estudia geografía. “Así vamos a ir liberando zonas” dijo, mientras su índice caminaba hacia un corredor que unía Tucumán, Salta, Jujuy, Bolivia y Perú. Concentró la atención de todos y empezó a contar el plan estratégico del comandante Santucho: con la primera zona bajo el control de la guerrilla, pedirían un gobierno autónomo a las Naciones Unidas” (Anguita, 116).

¹³ “Nos encontramos con un problema, en la medida en que ‘idéntico’ tiene dos sentidos, que corresponden respectivamente a los términos latinos *idem* e *ipse*. Según el primer sentido (*idem*) ‘idéntico’ quiere decir sumamente parecido (...) y por tanto, inmutable, que no cambia a lo largo del tiempo. Según el segundo sentido (*ipse*) ‘idéntico’ quiere decir propio (...) y su opuesto no es ‘diferente’, sino otro, extraño. Este segundo concepto de ‘identidad’ guarda una relación con la permanencia en el tiempo que sigue resultando problemática. Mi tema de estudio es la propia identidad como ipseidad, sin juzgar de antemano el carácter inmutable o cambiante del sí mismo” (Ricoeur:216).

Bibliografía

- GATTO, H. (2004) *El cielo por asalto. El movimiento de liberación nacional (Tupamaros) y la izquierda uruguaya (1963-1972)*. Uruguay: Taurus.
- JELIN, E. (2002) *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2007) “Víctimas, familiares y ciudadanos/as. Las luchas por la legitimidad de la palabra”. *Cad. Pagu*, (29). Campinas, July-dec. Consultado el 1 de abril 2008 en <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-83332007000200003&lng=en&nrm=iso>
- LUDMER, J. (1977) *Los procesos de construcción del relato*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (1999) *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires: Perfil.
- NOFAL, R. (2001) “El testimonio de la militancia montonera en Argentina: Miguel Bonasso”. *Entrepasados*, (20/21), 55-71.
- (2002) *La escritura testimonial en América latina. Imaginarios revolucionarios del sur*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, UNT.
- RAMA, A. (1982) *Los gauchopolíticos rioplatenses*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- RICOEUR, P. (1999) *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós.
- SARLO, B. (2005) *Tiempo pasado. Una cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- SCHMUCLER, H. (2006) *Miedos y memorias en las sociedades contemporáneas*. Córdoba: Comunic-arte.

100 101

Testimonios

- AMORÍN, J. (2005) *Montoneros: la buena historia*. Buenos Aires: Catálogos.
- BONASSO, M. (1994) *Recuerdo de la muerte*. Buenos Aires: Planeta.
- CALVEIRO, P. (2005) *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*. Buenos Aires: Norma.
- MERCADO, L. (2005) *Santa Lucía de Tucumán. La Base*. Buenos Aires: Indugraf.
- LARRAQUY, M. (2006) *Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera*. Buenos Aires: Aguilar.

